

*23 de julio de 1920*

**E**n realidad no tengo derecho a escribir la verdad sobre mi vida, puesto que en ella se entrelaza, como es natural, la vida de muchos otros, pero lo hago movida por la necesidad de decir la verdad, porque no hay nadie que la conozca por completo. Puede que alguien sepa una parte y otro conozca otro fragmento; pero nadie tiene una idea cabal del conjunto. Una vez escrito esto, no se lo confiaré a nadie. Solo tengo plena confianza en una persona, en cuyas manos depositaría cada línea de esta confesión con la seguridad de que, después de atravesar este pantano —porque mi vida es un pantano, una ciénaga, un tremedal, una región engañosa con un único punto brillante en su centro, un punto donde siempre se encuentra él—, con la seguridad de que después de atravesarlo mantendrá intacta su estima por mí. Esta sería la única prueba de mi confianza, que se vería confirmada. No se lo mostraré a ella —¡peligrosa piedra de toque!—, que con solo ver estas pocas líneas me diría dónde reside la verdad. También yo sé dónde está, pero carezco de la fuerza necesaria para comprenderla; heme aquí en mitad de mi debilidad.

He empezado a escribir sin haber reflexionado un minuto sobre la tarea que me propongo. ¿La terminaré algún día? ¿En qué circunstancias? La empiezo en la linde entre un bosque y un trigal maduro, con las tenues sombras de espigas y tallos proyectadas sobre las páginas. Bayas sin grano cuelgan detrás de mí, en el borde del bosque. Estoy tumbada sobre helechos verdes, entre florecillas amarillas y coloradas cuyos nombres desconozco. Estoy tan cerca del suelo que solo alcanzo a ver una espiga muy alta y tan firme que se agita en la brisa con un sonido semejante al frufrú de la seda. Todo el día he estado de mal humor, pero ya se ha desvanecido. Aquí y ahora no caben estados de ánimo ni variaciones temperamentales. Impera una sola presencia personal: Deméter.

Ayer salí a navegar en un velero; el mar estaba embravecido y por un momento me asusté mucho, pero ojalá no me hubiera asustado, porque en teoría me gusta ver cómo la proa del barco se hunde en las olas, contemplar la espuma que salta sobre la cubierta y sentir a continuación la cara mojada y el sabor del agua salada en los labios. El del mar es un mundo completamente distinto. Posee un conjunto diferente de sonidos —el embate de las olas, el viento en la jarcia, los crujidos del casco, los gritos de la tripulación— y tenemos una suma distinta de deseos y preocupaciones: el deseo de que el barco se aquiete siquiera cinco minutos para así descansar del perpetuo balanceo, la preocupación de si el viento arreciará o amainará; la inmensa, sobrecogedora importancia del clima, del tiempo, en relación tanto con la comodidad como con el avance.

Soy consciente de que esta confesión, esta autobiografía o como quiera llamársela, va a carecer por necesidad de toda proporción. Debo fiarme de una memoria muy incierta y, mientras que el presente ocupa un espacio enorme, el pasado resulta borroso. No recuerdo gran cosa de mi infancia, aparte de que tenía las piernas largas y el cabello lacio, razón por la cual a menudo mi madre me ofendía diciéndome que no soportaba mirarme debido a mi fealdad. Sé que no fui cobarde físicamente: recuerdo que hacía cosas peligrosas en la bicicleta y me subía a los árboles más altos. Sin embargo, ahora creo que ya entonces era cobarde, pues pasaba horas pensando en lo valiente que sería al día siguiente cuando saliera a cabalgar, y que me fascinaba en exceso ver a otras personas hacer lo que yo jamás me habría atrevido a hacer. No me había dado cuenta hasta ahora. En cualquier caso, no fui demasiado cobarde, lograba dominar mis nervios y siempre aspiré a convertirme en una persona fuerte y más semejante a un muchacho. Sé que fui cruel con otros niños: recuerdo que les metía barro en la nariz y que azoté a uno con ortigas; de esa forma perdí a casi todos mis amigos. Llegó un día en que ninguno de los chiquillos del lugar quería venir a tomar el té conmigo, aparte de mis aliados o mis lugartenientes.

No guardo muchos más recuerdos de mí cuando era niña. Tengo precisa memoria de algunas cosas exteriores. No recuerdo con demasiada claridad ni a mi padre ni a mi madre en esa época, salvo que papá me llevaba a dar caminatas larguísimas y me hablaba de ciencia, en especial de Darwin, y que lo quería

mucho más que a mi madre, cuyo mal genio me aterraba. Ni siquiera recuerdo que la considerara guapa, como sin duda debía ser, incluso hermosa. La impresión que tenía de ella era que no podía portarme mal en su presencia; experimentaba un gran alivio cada vez que se marchaba. Y recuerdo muy vivamente ciertas escenas terribles entre papá y mamá. Era ella quien hacía la escena. Por lo general él no decía nada, o bien se limitaba a decirle muy suavemente: «Oh, vamos, querida, ¿es eso exacto?». Las afirmaciones de mi madre rara vez eran exactas; me di cuenta muy, muy poco a poco, pero era sumamente obtusa a ese respecto. De hecho, no lo advertí hasta hace poco. (Comienza a caer la tarde y pronto tendré que dejar de escribir; esta noche estaré sola, gracias a Dios.)

Me quedaba sola con el abuelo cada vez que se marchaban papá y mamá. El abuelo era muy viejo, excéntrico y callado. No soportaba a la gente y nunca hablaba con las personas que venían a casa [Knole]; de hecho, si tenía la oportunidad, se marchaba para pasar el día en Londres cuando sabía que vendría alguna visita y yo me quedaba sola para atenderlas. Años después, cuando me obligaban a bajar para que fuéramos catorce, me divertía verlo sentado y mudo entre dos desdichadas mujeres que intentaban trabar conversación con él y a las que reducía al silencio. «Tiene unos hermosos jardines, lord Northwood [Sackville].» «¿Y qué sabe usted de jardines?», le espetaba. Pero al mismo tiempo fue siempre sagacísimo a la hora de juzgar a las personas: nunca estimó a los que no eran dignos de aprecio ni tuvo antipatía a quienes sí lo eran. A menudo mi

madre se enfurecía cuando demolía a sus amigos con un par de frases, pero papá se reía y entonces ella la tomaba con él. De todas formas, supongo que quería mucho al abuelo a su modo, porque a pesar de las apariencias sus ideas sobre el deber son bastante sólidas y, aunque sea la más incomprensible de las mujeres, es, sin duda, la persona más encantadora del mundo. La adoro.

Al abuelo le gustaban los niños, y creía en las hadas. Todas las noches, después de cenar, llenaba de frutas un plato para que yo lo cogiera a la mañana siguiente; lo dejaba en un cajón de su salita, que rotulaba Cajón de Diana [de Vita] con letras ornamentadas que escribía con tizas de colores. Siempre se divertía así, discretamente, casi en secreto. Pasaba horas y horas tallando trozos de madera, dándoles formas caprichosas, puliéndolos con papel de lija hasta que parecían de terciopelo. Tenía un repertorio de breves observaciones que invariablemente hacía en cuanto se presentaba la ocasión: «Un sabor agradable y fresco», solía decir a propósito de los primeros espárragos; «pobre contraestrate», cada vez que alguien sufría un revés. Nunca supe el origen de estas expresiones. Volviendo a la fruta, era un ritual cotidiano que nadie le habría hecho olvidar y que nunca supe que olvidara, ni siquiera, pobre anciano, al principio de su última enfermedad. Aun cuando hubiera veinte personas invitadas a cenar, siempre llenaba el plato de fruta y me lo dejaba en el cajón, y si alguna vez olvidaba yo cogerlo a la mañana siguiente, se quejaba hasta que la queja se volvía broma y el reproche, dulzura.

Del mismo modo, se preocupaba mucho si no bajaba por las tardes a su habitación a jugar a las damas. Mi olvido trastornaba sus hábitos, y creo además que me quería mucho; le gustaba tener niños en la casa. Años después también se encariñó con Charles [Edward Sackville-West], mi primo, diez años menor que yo, un genio que a los cuatro años ya sabía interpretar a Wagner. (Era muy delicado, siempre estaba enfermo, de manera que lo bajaban al salón, envuelto en un enorme chal blanco de Shetland; así se sentaba al piano, tan incapaz de alcanzar los pedales con sus escuálidas piernecillas como de abarcar una octava con las manitas. Al abuelo le gustaban los niños y las flores, pero la casa no le interesaba en lo más mínimo. Cuando alguien le hacía preguntas sobre ella, acerca de los cuadros, la plata o los muebles, lo enviaba a mi madre.

Mi madre sacaba el máximo partido de la casa; oyéndola hablar de ella cualquiera habría creído que la había construido con sus propias manos, aunque en realidad no la apreciaba en toda su dignidad, como mi padre, que la adoraba profundamente, pero que habría muerto antes de confesarlo. Creo que debió de resultarle muy duro en aquel entonces vivir allí como heredero del abuelo pero siendo solo el sobrino, y no el hijo, sin tener nada que decir sobre lo que se hacía en la casa, los jardines o la finca, oyendo a mi madre inventar leyendas sobre el lugar, algo por completo injustificado e innecesario —el sitio era lo bastante bueno para no precisar leyendas!—, y oyéndola atribuirse el mérito de todo, porque era de esas personas que necesitan halagos. Ese era el resultado de la absoluta implaca-

bilidad y la falta de sentido crítico de mi madre y de su encanto que cosechaba elogios, y de la sensibilidad y modestia de mi padre. Había en efecto cierta crueldad en mi madre. Una de las cosas que me dejaron una impresión más dura y dolorosa fue un breve y horrible diálogo que alcancé a escuchar una vez en Londres cuando estaba en la cama, a oscuras, en la habitación de al lado. Ella estaba sola con el abuelo, a todas luces muy enfadada por algo, pues la oí decirle cuánto importunaba a los demás, con ese tono peculiar que hacía que me estremeciera. Él se vio obligado a protestar —él, que nunca articulaba palabra— y oí su voz de anciano decir lastimeramente: «Pero ¿qué hago yo? Ni siquiera toco el timbre». Ojalá hubiera podido olvidar ese breve diálogo, pero no puedo; me quema. Mi madre no se ablandó, del mismo modo que no se ablandaba conmigo cuando yo lloraba, y, no obstante, puede ablandarse como por arte de magia, pero solo si se sabe cómo tratarla. He advertido esto mismo en otras personas. Se trata de una especie de sentimentalismo que emerge emocionalmente por algo real o irreal, en general por lo último.

Ese era mi abuelo, con sus pintorescas manías, la de tirar siempre con extrema violencia su sombrero en el mismo sitio, la de balancearse continua y enloquecedoramente sobre uno y otro pie; con su antipatía hacia la gente, su timidez ante los sirvientes (decía la verdad cuando afirmó que jamás tocaba el timbre), sus divertidas sacudidas y frases, que muchas veces le daban el aspecto de un anciano duendecillo travieso. Así era el abuelo al menos en apariencia, pero solo Dios sabe cómo era

por dentro. Era, a ciencia cierta, el más inescrutable de los seres humanos. Viví dieciséis años con él y, de haber vivido otros dieciséis a su lado, estoy segura de que habría continuado siendo un enigma para mí. La gente podría haberlo tachado de insensible, pero contradice esa observación un hecho muy sorprendente que he guardado para el final: al promediar su juventud vivió ilícitamente con una bailarina española muy hermosa, con la que tuvo siete hijos en, me parece, otros tantos años.

Esta vieja historia, este «romance de la aristocracia» [véase el *Daily Mail*], es tan conocida que al referirme a ella me parece estar hablando de algo que le ocurrió a otra familia y no a la mía. La expresión «romance de la aristocracia» es de por sí suficiente para que tenga esa sensación. El «quién es quién» del relato, los personajes: Asunción Ramón (Pepita), una hermosa gitana española que vivía con lord Sackville, a la sazón Lionel Strangways [Sackville-West], como su esposa y que se hacía llamar condesa de West (pobrecilla, ¿no es penoso ese título?); Gloria [Victoria] (mi madre), su bella hija, ahora casada con el actual lord Sackville; Baptiste [Henry], su hijo, que ahora reclama el título de Sackville y las tierras de Knole, y por último un artículo de fondo sobre Knole que concluía con el estilo periodístico triunfante: «Demasiado sencillo para llamarse palacio, demasiado palaciego para llamarse hogar». (Oh, querido Knole, ¡cuánta razón tenía ese periodista anónimo con su horrible jerga! Me detengo en la esquina del muro, y te veo en la hondonada con tus paredes grises y tu tejado ocre y me oigo



decir la manida frase: «Se tiene un buen panorama de la casa desde aquí...».)

La única ocasión en que mi abuelo rompió su reserva habitual fue, según recuerdo, una mañana que seguí a mi madre a la sala agarrada a su larga, larguísima trenza. Se puso en pie de un salto y exclamó: «No quiero volver a ver a la niña haciendo eso, Victoria». Escrita parece una frase demasiado melodramática, pero fue exactamente lo que dijo. Al parecer, de niña mi madre tenía la costumbre de agarrarse así a la cabellera de la abuela. Tengo dos fotografías de esta última que muestran claramente lo hermosa que debió ser; hermosa de facciones y expresión, no solo bonita, aunque se trate de viejas fotografías desvaídas tomadas en Arcachon en torno a 1870. Era la hija ilegítima de una gitana y un duque español; la gitana, su madre, había sido acróbata de circo y sin duda provenía de una familia circense; el duque era descendiente de Lucrecia Borgia. Creo que mi ascendencia materna es difícil de superar por su carácter pintoresco. Explica en gran medida cómo es mi madre, que a veces se comporta con gran tosquedad.

¡Pero mi abuelo! *Qu'allait-il faire dans cette galère?* ¿Cómo se le ocurriría a él, el hombre callado, fugarse con la bailarina, que en aquel entonces estaba respetablemente casada con otro? Daría el alma por poder retroceder en el tiempo para contemplar alguna escena entre ambos. Y cómo vivieron: cantando, felices, despreocupados, entre un montón de niños pequeños; él, diplomático inglés, vástago de la más correcta familia inglesa, heredero de Knole, con un carácter esquivo... Por supuesto, no

supe nada de todo esto en la infancia. El primer indicio de algo malo en torno al nacimiento de mi madre lo tuve de un modo cuyo esnobismo me avergüenza anotar: cuando le escribían, algunas personas se dirigían a ella como la honorable señora Sackville-West, y otras, no; yo, debido a algún oscuro instinto que hace que me moleste cualquier ofensa contra mi madre, siempre le he dado el tratamiento de rigor.

Pepita murió cuando mi madre tenía nueve años. Dejó al abuelo con cinco hijos pequeños (los otros dos habían fallecido, gracias a Dios), dos niños y tres niñas. Llevó a las niñas a un convento [de París]; no sé qué fue de los varones; supongo que los envió al colegio. Mi madre sufrió mucho, y hasta el día de hoy no puede hablar de la muerte de su madre sin que se le salten las lágrimas. De ser una niña mimada, pasó a la dura vida conventual; solo veía a su padre dos o tres veces al año e incluso pasaba las vacaciones en el convento. Allí permaneció hasta los diecisiete años, cuando la mandaron a otro convento, este en Inglaterra, para que aprendiera el idioma. Cuando tenía dieciocho, se armó un gran revuelo en la familia: ¿debían enviarlas a ella y a sus hermanas con su padre, a la sazón ministro plenipotenciario británico en Washington? (Como más tarde se crearía la embajada en Washington, mi madre se refiere siempre a él como embajador británico, pues le parece un título más impresionante.) Al final se decidió que debían partir, de modo que mi madre —dieciocho años, hermosa, autoritaria, caprichosa, con un inglés titubeante y marcado acento francés— viajó a Estados Unidos con sus dos hermanas menores.